

XVII

Hablé á ustedes en el artículo V de una sociedad de elogios mutuos que tienen establecida los filibusteros cubanos para llamarse *genios* unos á otros, y hasta dije los nombres de sus organillos principales en la prensa, *El País*, *El Hogar* y *La Habana Cursi*, digo, *Elegante*.

Ahora verán ustedes cómo se piropean los socios.

Habla el señor Zamora desde *El Hogar*, presentando la relamida estampa del señor Hernández Miyares, director de *La Habana Elegante*, es decir, *Cursi*.

Y dice el señor Zamora:

«Pluma más (*¿plu-mamas?*) autorizada que la mía debiera trazar estas líneas que han de acompañar al retrato del *distinguido periodista* y *gallardo* director de la tan *envidiada Habana* (?) *Elegante*...

Es director (*si, ya lo hemos oído*) de *La Habana Elegante*, periódico que, mal que pese á los envidiosos, ha

logrado *imponerse* (?) alcanzando una circulación *vas-tísima*, no tan sólo entre nosotros, *si que también (¡qué barbaridad!)* en todas las repúblicas del *extranjero* y Sud de América (*de modo que el Sud de América no es extranjero*).

»Escritor *cultísimo* (¡bomba va!), *poeta de verdad*, ha hecho de la poesía una religión (*no tendrá otra... ni esa*), ha interpretado *en ella* (¿en la religión?) el misterioso lenguaje de las flores y las estrellas en una apacible noche de luna (*de luna, para que las estrellas brillen menos*); y al confiarlos á las brisas, *ha robado á las aves la sencillez, la ternura* y la armonía de sus gorjeos (*¡Ave María Purísima!*)

»Su vida presta mucho asunto para un largo artículo (*lo que es disparatando así... hasta la eternidad*).

»Alma de fuego (¡bomba va, otra vez!), *fantasía brillantísima*, artista en la verdadera acepción de la palabra.

»Maneja con una facilidad asombrosa la sátira y el chiste, y á su lado no es posible estar triste... (*bombos concertados*).

»El Hogar, que siente muchas simpatías por Enrique Hernández Miyares, no puede menos que saludar (*de, se dice*) con cariño de hermano (*¿en logia?*) al distinguido poeta (*otra vez*) y galano estilista...

Y corrector de pruebas de *El País*.

Que este parece que es, en realidad, el oficio del señor Hernández Miyares.

Oficio que, por añadidura, no cumple muy bien, sino que deja escapar muchas erratas, según cuenta el autor de unos chispeantes artículos que ha publicado otro periódico de

Cuba con el título de *Enrique Hernández Miyares, ó á decir verdades tocan*, y con la firma de *César de Guanabacoa*.

«Corrector de pruebas, que pone á idem la paciencia de los suscritores de *El País*—dice el implacable *César*,—pues casi á diario gustan el incalificable placer de solazarse con uno ó más párrafos, cuyo objeto declara el título que llevan: *Erratas*.»

Y es natural que el señor Miyares, ó Millares, que de ambas maneras y de otras varias le llama el de Guanabacoa, no corrija muy bien las pruebas.

¡Buena tendrá él aquella cabecita para corregir pruebas de *El País*, después de saborear las de amistad que le da el consocio Zamora en esos párrafos desvanecedores!...

Pero, en fin, eso allá es cuenta del susodicho periódico, y con su pan se lo coman los separatistas que le pagan.

Yo no voy á vapulear al señor *Decenas*, que así le llama también el autor de *á decir verdades tocan*, añadiendo que nunca podrá llegar á *Centenas* y menos á *Millares*, naturalmente; yo no voy á vapulear al señor Hernández y demás por los yerros de imprenta que deja escapar en *El País*, sino por sus yerros literarios.

Por sus ripios, que son muchos y garrafales. Verán ustedes qué soneto á un machete:

«Recia cinta...»

Al primer tapón... Recia cin... cia-cin...
¡Qué oído tienen estos genios!...

«Recia cinta de acero americana;
Imagen de mi pueblo fué tu suerte:
Ayer de pecho esclavo en puño fuerte...»

¿Cómo? ¿cómo?...

Ayer de pecho esclavo en puño fuerte...
No lo entiendo.

¿Ayer en puño fuerte de pecho esclavo querrá
decir?...

Pero los pechos no tienen puños...

En fin, á los *directores gallardos, poetas distinguidos y estilistas galanos*, les pasa esto con bastante frecuencia: no suelen saber lo que dicen.

Sigamos leyendo:

«Recia cinta de acero americana;
Imagen de mi pueblo fué tu suerte:
Ayer de puño...»

Digo, no, de *pecho*. De puño es como se la han dado á don Enrique los que le han llamado *poeta de verdad, y genio*, y todas esas otras cosas...

«Recia cinta de acero americana;
Imagen de mi pueblo fué tu suerte:

Ayer de pecho esclavo en puño fuerte
Segaste la gramínea soberana.»

¿Y cuál es la soberana gramínea?...
Por lo que se lee más adelante, parece que
debe de ser la caña.
Segundo cuarteto:

«De redención en la primer mañana,
Fulminando relámpagos de muerte,
En vez del zumo que la caña vierte,
Lamiste con tu filo sangre hispana.»

Así, con toda esa desvergüenza, llama este
niño primer mañana de redención á la inicua
guerra separatista.

¡Valiente redención!

Si fuera lícita la venganza, y no hubiera
en Cuba más que filibusteros, sería cosa de
concederles gratis la independencia.

Para verlos esclavos de verdad á la vuelta
de pocos años: esclavos de los *yanquíses*.

Esa era la redención que les esperaba á los
muy ingratos, si España no hubiera derrama-
do generosamente su sangre por domar aque-
lla rebeldía, y esa es la redención que les es-
pera, si, lo que no permita Dios, se salen al-
gún día con la suya.

De redención en la primer mañana,
Fulminando relámpagos de muerte,

En vez del zumo que la caña *vierte*
 (No *vierte*, pero en fin, porque *concierte*...)
 Lamiste con tu filo *sangre hispana*.
 Hoy... ¡da vergüenza!...

¡Vamos!... ¡Todavía llora por lo que ha quedado!...

¿Han visto ustedes?

A este *chichito* le apesadumbra ver el machete ocioso: siente que no siga cortando cabezas de españoles...

«Hoy... ¡da vergüenza! ni industrial *apero*,
 Ni *patriótico símbolo* que guarde
 Memoria del *estéril sacrificio*.
Amellado te miro en el sendero,
 Sin que te irrite, *débil y cobarde*,
 La herrumbre que te roe como el vicio.»

Es decir, que también el vicio roe al machete.

El autor no quiere decirlo, pero lo dice.

Otro chispacito de genio.

¡Claro! Así se titula ¡claro!

Y efectivamente, no resulta claro, sino muy oscuro.

Verbigracia:

«Lo que lo bello acoge lo hermosa...»

¿Entienden ustedes este jeroglífico?

Lo-que lo... lo...—Lo... lo... lo...

¡Qué hermosura!

Y además, ¡qué sintaxis!...

Porque verdaderamente no se sabe lo que quiere decir ese verso.

No se sabe quién *hermosea*, ni qué es lo *hermoseado*, ni si *lo bello* acoge ó es acogido, ni nada: no se sabe nada.

Y eso que el autor comenzó diciendo que era *claro*.

«Lo que lo bello acoge lo hermosa,
 Y así los versos míos
 —Siempre que *ella* los lea
 Sin odios ni desvíos,—
 Los ha de embellecer Juanita Orbea.»

La necesidad buena es.

Porque los tales versitos son feos y sosos cuanto cabe.

Sin que por eso deje de ser una hipótesis absurda la de que Juanita los fuera á leer con odios.

Lo cursi no suele excitar el aborrecimiento de nadie.

Ahora tomen ustedes aliento para pronunciar el título que sigue:

«Á ADA»

Así. *A Ada*... ¡Ponen allá unos nombres á las niñas!...

Porque la composición, que es un sonetín en heptasilabos bastante malos, va dirigida á una criatura.

Y dice:

«En la alcoba callada...»

En la alcobaca... cobaca...

«En la alcoba callada
Y en la cuna mullida...»

Sistema fácil. Con un adjetivo en *ada* y otro en *ida*, se pueden versificar al día tres ó cuatro rollos de papel continuo.

«En la alcoba callada
Y en la cuna mullida...»

¡Vamos, que el detalle de que la cuna estaba mullida!...

«Te contemplé dormida
Y sonriendo, Ada.
¡Qué placidez rosada!...»

¡Es claro!... Esto sí que es claro, y no lo de antes.

La placidez tenía que ser alguna cosa que acabase en *ada*; pero *sosegada* no cabía en el verso, y... fué rosada.

«¡Qué placidez rosada
Tibia luz encendida...»

La luz, como es tan cortita de talla, tenía que ser dos cosas, una para el consonante y otra para el relleno, y resultó *encendida* y... *tibia*.

Lo malo es que no se sabe qué papel desempeña una de aquellas dos señoras: la luz ó la placidez.

«¡Qué placidez rosada
Tibia luz encendida,
Daba vida á tu vida
Apenas comenzada!»

No se sabe quién *daba vida á la vida apenas comenzada de Ada*...

Y á propósito de trabalenguas, ahí va otro: Parra tenía una perra, que comía las uvas de la parra de Guerra.—¿Qué hace Guerra? Da con la porra á la perra de Parra.—Dice Parra:—¡Ah, Guerra! ¿Por qué das con la porra á la perra de Parra?—Dice Guerra:—¡Ah, Parra! Si la perra de Parra no comiera las uvas de la parra de Guerra, no diera Guerra con la porra á la perra de Parra...

No se sabe—decíamos—si quien daba vida á la vida apenas comenzada de Ada, era la *placidez rosada* ó era la *tibia luz encendida*.

Quedémonos con la curiosidad, y vamos á ver los tercetitos.

Que son de esta figura:

«¡Ay del que dichas sueña
Y al despertar le *enseña*
Su *torba* faz la suerte!
Tú, no, *que en el exceso*
De amor divino, un beso
Tendrás que te despierte.»

¡Amén!

Pero ¿qué tiene que hacer ahí ese *exceso*, ó esa barbaridad, como diría el general Martínez Campos, *de amor divino*?

En el *amor divino*, dicho se está que no puede haber exceso; pues si se trata del amor de las criaturas á Dios, Él lo merece todo, y más que fuera; y si se trata del amor de Dios á las criaturas, como quiera que Dios es infinitamente justo, no hay exceso posible.

¿Es que el señor *Millares...* de despropósitos, como le apellida también el humorístico escritor de Guanabacoa, ha llamado *amor divino* al amor materno?

Pues tampoco ahí está bien lo del *exceso* ni deja de ser ripio. Porque á nadie más que al señor Miyares se le puede ocurrir que sea *exceso de amor* en una madre dar un beso á su hija que duerme en la cuna.

«Tú no, *que en el exceso*
De amor divino, un beso
Tendrás que te despierte.»

¡Y que no es largo ni nada el ripio! ¡De seis palabras!

En fin, cosas de los Genios.

También se ha metido el corrector de pruebas á escribir cantares.

Y con retemuchísima gracia.

Véase una muestra:

«Sobre su cruz de madera
Vi el nombre ya despintado
Como un *lejano* recuerdo,
Y me alejé meditando.»

Lejano... me alejé...

Otro:

«Cuando con él *vas del brazo...*»

Vas del brazo... Muy poético y muy dulce...

«Cuando con él *vas del brazo*
No sonrias vanidosa,
Porque denuncias que el cuerpo
Es lo que has vendido, Lola.»

¿Y por qué?

La verdad es que aquí el pensamiento no sale.

Otra copla:

«Caminito suave,
Eres corto y largo:

De una legua si voy á su casa,
Si vuelvo, de un palmo.»

¡Hombre!... ¿Quién le ha dicho á usted que á la vuelta de un sitio agradable se hace el camino corto?...

No, señor: nada de eso. ¡Si es lo contrario!...

Usted habrá oído quizás una preciosa seguidilla, que dice:

«Cuando voy para casa
De Rosalía,
Se me hace cuesta abajo
La cuesta arriba;
Y cuando salgo,
Se me hace cuesta arriba
La cuesta abajo.»

Regularmente habría usted oído esta seguidilla y quiso usted hacer algo parecido.

Pero, ¡quíá! hombre.

Cuando le den á usted tentaciones de esas, acuérdesese usted del cuervo de la fábula. De aquel cuervo que, habiendo visto á un águila levantar por los aires un cordero, quiso hacer otro tanto con un carnero, y, enredándosele las uñas en la lana, murió allí aporreado por los pastores.

Otra composición del señor Miyares se titula ¡Rietel!...

Y empieza:

«Luisa siempre se ríe: si la beso...»

¡Caramba!... Pues no la puedo copiar...

Porque es de ese género *erótico-patoso*, que con el tiempo se llamará *género americano*...

Pero la especialidad de este poeta distinguido son las *Marinas*.

Un género nuevo que él ha pretendido crear como Campoamor creó las *Doloras*.

¡No se gasta menos!

Las *marinas* de Miyares suelen tener todo este chiste:

«MARINA

¡NI UN ÁRBOL, NI UNA CRUZ!»

Así, entre admiraciones.

«El sol en el mar se hundía,
El mar intranquilo estaba,
Y la nave *tambaleaba*,
Y el viento silbar se oía...»

Cuatro pretéritos imperfectos: dos en *ía* y dos en *aba*.

Y, lo mismo que cuatro, se podían poner cuatrocientos, y prolongar la *marina* hasta San Baudilio de Llobregat, sin variar de consonantes.

Así, por ejemplo:

«El sol en el mar se hundía,
El mar intranquilo estaba,
Y la nave tambaleaba,
(Se tambaleaba, quería
La sintaxis que pasaba)
Y el viento silbar se oía...»
Y la alta vela se hinchaba,
Y el aparejo crujía,
Y el tiburón se acercaba,
Y el barquichuelo corría,
Y Enrique Hernández cantaba,
Y la crítica le oía,
Y después le remedaba,
Y el público se reía...

Y así sucesivamente.

Cambio de consonantes:

«De noche es muy triste el mar,
Y si muere un pasajero
No hay un rudo marinero...»
Que no lo pueda contar,

Así en prosa, como lo cuenta el señor *Mi-
llares* de... rípios.

«Y aquella tarde arrojó
Al mar la marina gente...»

¡Anda, salero! Al mar la marina... gente.

«A la luz del sol poniente...»

¿En qué quedamos?...
¿Le arrojó al mar la marinera gente?
¿O le arrojó á la luz del sol poniente?

«Y aquella tarde arrojó
Al mar la marina gente
(O á la luz del sol poniente,
Que esto no está muy patente)
A un marino que murió.»

Y á otra cuarteta:

¡No hay pecho que no taladre
(¡Veo venir á su madre!)
Fiero el dolor al pensar
Que hay quien se muere en el mar
Sin un beso de... su madre!»

¡Es claro! ¡Se la veía venir!
En cuanto vean ustedes que un poeta de
estos rípiosos maneja el taladro ó la escua-
dra, es decir, en cuanto encuentren ustedes
en verso una cosa que *taladre* ó que *cuadre* ó
que no *cuadre*, sírvales á ustedes esto de re-
gla, viene la madre de seguro.

O cuando no, el padre; pero casi siempre es
la madre.

Vamos andando:

«El sol en el mar se hundía...
 (¿Otra vez? ¿Es que volvía?)
 Y el mar intranquilo estaba,
 Y la nave tambaleaba,
 Y el viento silbar se oía...»
 (Lo mismo que sucedía
 Cuando la cosa empezaba.)

Pretérito perfecto:

«Pronto las sombras reinaron,
 Y de luto el mar vistieron,
 Y todos se recogieron,
 Y por el muerto rezaron...»
 Y de rezar concluyeron,
 Y poco después cenaron
 Los que apetito sintieron,
 Y más tarde se acostaron,
 Y en seguida se durmieron
 Y después se despertaron...

¿Quieren ustedes que siga?
 ...¿Que no, que ya es bastante?...

Bueno, pues lo dejaré; pero que conste que lo dejo por complacer á ustedes, no porque no me sienta con alientos para continuar hasta el año que viene por ahora.

¿Que por qué llama á estas composiciones el señor Miyares *marinas*?

¡Ah! No lo sé. Aunque, si he de decir la verdad, tengo una sospecha.

Contaba un carretero de mi tierra que una vez, atravesando el monte Torozos, de noche

y solo, se había encontrado con un lobo marino cerca de la Mudarra.

—El me hizo cara—decía refiriendo el encuentro con todos sus pelos y señales,—él me hizo cara, yo le hice frente y le amenacé con el hacha. Entonces él se temió una ruína y echó á correr como una exhalación... ¡Iba!...

—Pero, hombre, no sería marino el lobo—se atrevió á objetarle la persona á quien refería el suceso.—¿Cómo había de andar un lobo marino por mitad de Campos, á tantísimas leguas de la costa?...

—Marino, marino, sí, señor—insistía el carretero con la mejor buena fe del mundo;—marino era: le ví bien, porque había un poco de luna... y era marino... un poco más pardo que los de por acá...—

¡Si habrá tenido igual fundamento el señor Miyares para calificar de *marinas* á algunas de sus composiciones!

¿No las habrá llamado *marinas* porque sean un poco más pardas, es decir, un poco más malas que las otras?...